

# LA MEMORIA HISTÓRICA Y LA CIUDADANÍA CULTURAL DE LA II REPÚBLICA

ÁNGELA SIERRA GONZÁLEZ

En la última década han surgido en España *foros de recuperación de la memoria histórica* como espacios, no solo de investigación sino también de debate políticos y culturales, con el fin de reconstruir el significado cultural, político y social de la II República y de la propia guerra civil y sus víctimas, cuyo objetivo último ha sido la formulación de una Ley, mediante la cual se saldase la deuda pendiente del Estado con todas las víctimas que padecieron graves violaciones de derechos humanos y nunca obtuvieron verdad, justicia ni reparación. Así, que la reconstrucción de la memoria afectada por los procesos de invisibilización no ha constituido un mero esfuerzo de investigación, sino que también, fundamentalmente, ha requerido un activismo orientado a desmitificar estereotipos y falsas verdades, acerca de la II República y la guerra civil que han arraigado profundamente en los medios de comunicación y en la interpretación de los acontecimientos sobrevenidos en la guerra y la postguerra civil efectuada por los historiadores “oficiales” bajo la dictadura franquista, que hicieron del falseamiento de los acontecimientos una práctica común. El ciclo realizado sobre la Memoria Histórica ha pretendido despejar estas falsas verdades y contribuir al debate sobre el valor de la II República.

La II República Española será recordada como el período de “máximo” esplendor cultural del que ha gozado nuestro país en la era moderna. Es una época en que se creía que la difusión de la cultura era un valor indiscutible, porque existía la certeza de que la cultura mejoraba al individuo. Lo ennoblecía. De hecho, en la Constitución republicana había un apartado encabezado por el epígrafe *familia, economía y cultura*, en el que se decía que *el servicio de la cultura es atribución esencial del Estado*. Nada menos. En vísperas del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrado en Valencia en 1937 y que tanta repercusión tuvo, se decía en un

cartel anunciador: *El triunfo de la República sobre el fascismo entregará al pueblo todos los tesoros del arte y todos los valores de la cultura*. “Sólo la República de Weimar y la española –escribe Edward Malefakis– no han quedado eclipsadas como fuerzas históricas con el paso del tiempo. (...) La República española se distinguió de la de Weimar y de las demás repúblicas de su tiempo por la ambición y la amplitud de su visión social y política. Sigue siendo una presencia más viva porque sus aspiraciones eran más elevadas que las de las demás repúblicas contemporáneas suyas. (...) En su etapa inicial, la República manifestó también más preocupación que ningún otro régimen contemporáneo por elevar el nivel cultural del pueblo”.

Son muchos los aspectos en los que somos tributarios de la II República, pero somos particularmente tributarios del extraordinario impulso conocido por la cultura española, representado en este período por la calidad y protagonismo de intelectuales, literatos y artistas. La proclamación de la Segunda República encarnó el sueño de un país que pretendía romper con un pasado oscuro. Fue un intento de abrir y modernizar un país con tremendas desigualdades e injusticias sociales, un país prácticamente analfabeto, sin futuro. Tuvo la virtud de reunir en un solo esfuerzo a todos los españoles que aspiraban a un porvenir de democracia y de modernidad, de libertad y de justicia, de educación y de progreso, de igualdad y de derechos universales para todos sus conciudadanos. Y este

sueño, en gran medida, lo representaron los nuevos valores culturales. Desde el presente sorprende cómo en un país con una mayoría de analfabetos y con treinta y ocho mil estudiantes universitarios en 1930 emergió una producción artística, científica y literaria de tan alta calidad. Pero, resulta fácil comprender el florecimiento cultural habido bajo la II República, si se recuerda el supremo esfuerzo que hizo ésta para difundir la cultura. Basta recordar algunas circunstancias ilustrativas. Al instaurarse la II República la tasa media de analfabetismo era superior al 40%. La República construirá en tres años más escuelas que en los treinta anteriores. En 1931, se aprueba un decreto para convocar 7.000 puestos de maestros y para construir 6.570 escuelas. Ortega inaugura el curso universitario con la conferencia que lleva por título “Misión de la Universidad”. Se discute y cuestiona todas las escalas de la educación y se pretende optimizarla al servicio de la construcción de una ciudadanía democrática.

Fue un nuevo Estado que llegaba con el saber al hombro. En el breve espacio de tiempo en el que existió se dieron un aluvión de empresas cívicas y de iniciativas culturales que remitían al regeneracionismo y al institucionalismo. “Y es que era habitual concebir la República –escribe Mainer en su libro *La Edad de Plata*– en términos de educación colectiva y hasta de palmeta disciplinaria como culminación, en fin, de aquella obsesión pedagógica que desde el siglo XIX venía singularizando

el pensamiento de un amplio sector de la sociedad nacional: desde la burguesía liberal hasta la pequeña burguesía radical y no pocos sectores del proletariado *consciente*". Mainer tiene razón. Ciertamente hubo instituciones que favorecieron la eclosión cultural, tales como la Institución Libre de Enseñanza y otras instituciones ligadas a ella como la Residencia de Estudiantes y el Instituto-Escuela, todas ellas tuvieron un gran protagonismo en esta etapa, pero, sobre todo, la favoreció el clima de libertad. De hecho, puede decirse que los intelectuales tuvieron un protagonismo político durante la Segunda República, como no lo han tenido después. Ni antes. Muchos de los dirigentes republicanos y socialistas, como Manuel Azaña, Fernando de los Ríos o Julián Besteiro, pertenecieron al mundo de la cultura. Otros, como Ortega y Gasset, Antonio Machado o Gregorio Marañón, apoyaron expresamente al nuevo régimen agrupándose en la *Agrupación al Servicio de la República*.

Aunque el apoyo unánime se fue resquebrajando con el paso del tiempo. A partir de 1932, algunos intelectuales, como Ortega o Unamuno, adoptaron una posición crítica con el Gobierno republicano-socialista. La mayoría, sin embargo, apoyó la política reformista del gobierno de Azaña y colaboró en la acción de extensión cultural del Gobierno republicano-socialista. En la extensión cultural estaban comprometidos profesionales diversos de la cultura, son particularmente recordados los esfuerzos de

extensión cultural realizados por algunas compañías teatrales, integradas por actores profesionales y estudiantes, que visitaron pueblos apartados del país llevando las principales obras del repertorio teatral español. La más conocida de ellas fue *La Barraca*, un proyecto personal del poeta García Lorca. Este último decía para explicar la naturaleza de su proyecto:

"Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos. Bien está que todos los hombres coman, pero, también, que todos los hombres sepan." Las palabras de Federico García Lorca contenidas en su alocución al pueblo de Fuente Vaqueros definen perfectamente el sentimiento de muchos artistas e intelectuales comprometidos en uno de los máximos objetivos de la II República: liberar al pueblo a través de la educación y de la cultura.

Pero, en el mismo esfuerzo de extensión cultural emancipadora estaban, igualmente, comprometidas las denominadas Misiones Pedagógicas. Su objetivo era el mismo, la difusión de la cultura entre una población mayoritariamente analfabeta: bibliotecas ambulantes, conferencias, charlas, recitales de poesía, proyecciones de películas, exposiciones con reproducciones de obras del Museo del Prado. Particularmente, interesante fue la experiencia de los bibliotecarios militantes y comprometidos con un

ideal: vincular las bibliotecas y la lectura con el pueblo con objeto de promover la instrucción de las masas. Parecía que las bibliotecas eran la herramienta adecuada. Hasta entonces las bibliotecas eran pocas y, prácticamente, solo accesibles a un público erudito y especializado.

El ideal de la instrucción de las masas se intentó llevar a la práctica con la creación de bibliotecas populares, la realización de planes e instrucciones para dirigir y organizar bibliotecas. Hasta entonces las bibliotecas eran pocas y, prácticamente, solo accesibles a un público erudito y especializado. Un ejemplo del nuevo rediseño de las bibliotecas, lo constituye los planes de bibliotecas promovidos por María Moliner quien en 1931, al crearse el Patronato de las Misiones Pedagógicas, pasa a formar parte de la Delegación valenciana, trabajando activamente en la creación de pequeñas bibliotecas rurales.

La gran aportación de María Moliner quedó plasmada en su Plan de Bibliotecas, donde defiende una organización coordinada de todas las bibliotecas públicas que permita que “cualquier lector en cualquier lugar pueda obtener cualquier libro que le interese.” Todo un ejemplo de modernidad que ha servido de inspiración para la redacción de algunas leyes de bibliotecas actuales. Tras el golpe de estado, la labor de estos bibliotecarios militantes quedó en el olvido. Algunos, como María Moliner, fueron degradados y algunos, directamente, fusilados.

En resumen, fue la II República el momento en que se intenta alcanzar una nueva ciudadanía: la ciudadanía cultural como expresión de la ciudadanía civil y política. Un valor que hoy, todavía, está pendiente de consecución y que naufragó con el denominado “alzamiento nacional” en un mar de sangre.